

—¿Entonces usted también es desgraciado?

—No; pero mi felicidad tiene el defecto de ser cotidiana. Casi siempre que deseamos ser felices pensamos en una felicidad original, y eso nos pierde. Los filósofos no se han preocupado de los estados intermedios, que son como los puntos muertos en la Mecánica. Ser feliz no quiere decir solamente no ser desgraciado. Hay entre la dicha y la infelicidad un espacio donde el júbilo y el sufrimiento se neutralizan. Quizás en ese lugar estoy yo.

—Sin embargo... Entre todas las gentes que conozco, la mayor parte me parecen no darse cuenta. Sólo usted y don Juan Antonio Méndez me producen la impresión de hombres que saben que son felices.

—¿Cree usted...? Es bueno producir esa impresión: los pequeños envidian, y los caídos capaces de alzarse toman ejemplo. Si todos pareciéramos lo que somos, los problemas se simpli-

ficarían ó se complicarían, no sé. Es posible que comparado con el prototipo de hombre infeliz —que para los más es el agobiado por males tangibles—, los hombres con ecuaciones morales por resolver, den la sensación de hombres serenos.

—¿Usted cree que don Juan Antonio...?

—No sé... Me parece demasiado feliz. Hay formas curiosas de la voluntad, hipocresías estéticas, máscaras espirituales, egoísmos para guardar sus sensaciones en el triunfo y en la adversidad. He conocido hombres con caretas de intranquilos, de emotivos, de impasibles y hasta de crueles. Yo no creo en los aspectos de las cosas.

—Pero... ¿por qué ocultar la desgracia como se oculta una deformidad? ¿Es, acaso, una deformidad del espíritu?

—Y aunque lo fuera...

—¿Debe sentirse vergüenza de la desgracia?

—Si todos padeciéramos estrabismo, un hombre de mirada perfecta sería deforme. Deforme quiere decir diferente de la forma común. ¿No es verdad? Ser deforme no debe significar ser inferior.

—Según eso, la deformidad del alma debe ser la felicidad, y puede que así sea, ya que casi todo el mundo tiene rubor al confesarse feliz.

Pero si no hay verdadera relación directa entre esos dos estados, ¿por qué mostramos como somos? Yo no digo gritar á los cuatro vientos nuestras penas ó nuestras alegrías; pero sí dejarlas salir de nosotros en la amistad, en la intimidad... sobre todo las tristezas.

—Porque el que cuenta tristezas busca, ó una ayuda de esfuerzo para vencerlas, ó una ayuda de capacidad para soportarlas: la compasión. El hombre que menos necesita de los demás es el más fuerte. Y, créame usted, casi nunca somos irreparablemente infelices. El error viene de no querer reconocer el estado neutro de que le he hablado; en él viven esos que, según su frase, parecen no darse cuenta. Es la vida blanca, la carencia de color. Además, nuestra falta de memoria nos ha impuesto un léxico exiguo que nos enyuga al carro de la hipérbola, y llamamos dicha á una pequeña alegría, y desdicha, á una contrariedad. Siendo nuestra vida en el tiempo un segundo, ese segundo es mil veces modificable; podemos ser muchas veces felices ó malaventurados. Como de modo implícito ha dicho usted, la desgracia es una deidad terrible y atrayente: su historia y su tradición son ilustres. No todo el mundo puede ser muy desgraciado.

—Dicho así, tal vez... Pero no se necesita ser

irreparablemente desgraciado para no sentirse bien en la vida.

—No hay que hacer del sufrimiento un vestido de lujo; no hay que sufrir con ostentación.

—Cada cual sufre como puede.

—Esa respuesta sólo podría justificarse con un dolor cuya intensidad no se imagina. Coquetea usted... presume.

—¡Oh, no! bromea usted casi en serio, como de costumbre. ¿Cree que hay quien emplea la fantasía en aumentar su desgracia? ¿Cree que se trata de un asunto de imaginación?

—Puesto que quiere que le hable en serio... sí, creo que es un asunto de imaginación, de falta de imaginación. La imaginación es el atributo más precioso y más calumniado del espíritu; hasta las verdades matemáticas nos han venido en el dorado vehículo de la imaginación. Si pudiéramos imaginarnos constantemente los dolores de los precitos y los goces de los poderosos, seríamos menos inconformes. Esta mañana he estado en un hospital á presenciar varias operaciones. Un niño de tres años con un cáncer en el pecho; un hombre á quien no pudieron anestesiar para extirparle un tumor, injuriaba á los médicos y pedía á los practicantes que lo sujetaran bien; á una muchacha le amputaron una pierna gangrenada á consecuencia de un parto

clandestino, y el padre veía, como yo, saltar las esquirlas de hueso, y oyó romperse la sierra con un áspero crujido inolvidable; otro niño á quien su madre tuvo que tomar en brazos para que aspirase el cloroformo, no volvió á despertar—. ¿Imagina usted la angustia de la madre, que estaba esperando verlo volver en sí de un momento á otro, y la de los que sabíamos que el niño no abriría los ojos otra vez?—Vi caer sobre el mármol con un temblor de carne fofa un seno que dejaba espantosamente incompleto un cuerpo joven... Al pasar por las salas oí lamentos, percibí caras cárdenas, brazos enflaquecidos, frentes calcinadas por la calentura, pobres gentes que para morir del todo sólo necesitaban quedarse quietos... Es seguro que en otras salas habría paralíticos, sífilíticos, leprosos, enfermos de males sin esperanza... Y todo esto en una sola hora, en una sola manifestación del dolor humano... Yo sabía que todo eso existe, y hoy me sorprendió. ¿Por qué no tenemos suficiente imaginación para ver en todo instante los males que estamos libres? Las tintas de la felicidad no son tan intensas como las del dolor; ya habrá observado usted que el verde del Paraíso y el azul del cielo casi se desvanecen junto á la potencia luminosa del rojizo amarillo de las llamas infernales. La constante representación del tor-

mento no padecido nos permitiría envidiar menos la dicha.

—Es verdad; probablemente tiene usted razón.

—Seguramente. Hay que respetar el pesimismo de la especie y hay que abogar por el optimismo individual. No es un contrasentido. Cada minuto que no tenemos consciencia concreta y apremiante de nuestra desgracia, debíamos pensar: «Somos felices». El dolor depura; si no tenemos la abnegación de deseárselo, debíamos tener la de sufrirlo en silencio.

—Cuando lo oigo me parece que dice la verdad... y cuando me recojo para prescindir de sus palabras... No se encuentran buenos argumentos para defender aquellos de que estamos profundamente convencidos.

—¿Todavía pretende ser desgraciado?

—¡Oh, si usted supiera; si...

—Hablando hemos andado más de prisa el camino. Casi estamos ya en casa de los Craud.

Ya al final de la avenida se veía la puerta dorada de Saint-Mandé. El aliento del bosque entraba en la angostura urbana; aire puro, olor de retoños, tierra húmeda, oxígeno que penetraba como un grito de vida en la atmósfera densa de la ciudad: primavera. Aurelio había querido vaciar su secreto en un confidente que

uniese á la bondad de don Juan Antonio la fraternal compasión de la juventud, pero Ricardo Nors cuidó de encauzar el diálogo entre linderos abstractos cada vez que la confesión quiso concretarse. Al verlo un poco encorvado, torpe en los ademanes, apuntado el rostro por una barba rala que daba á su fisonomía algo de resignado ó claudicante, era difícil suponer la confianza que podía irradiar; sólo en la dulce persistencia de su mirada, resplandecía el fuego de la disciplina interior, la suerte de misticismo profano gracias al cual los varones fuertes, por descreídos que sean, juzgan los hechos desde un observatorio que irradia unción de templo. Junto á Ricardo Nors, Aurelio sentíase más seguro. ¡Ah, si en lugar de caer en el desamparo hostil de París hubiera hallado la amistad de Nors!... Hay hombres jóvenes que parecen tener la experiencia de todas las vicisitudes que no han sufrido; hay árboles jóvenes que parecen poder resistir al huracán lo mismo que un árbol añoso.

Ya la influencia de Natalia Roca había germinado en su alma. Se despedía de París sin pena. Hubiera cerrado los ojos para no decir adiós á la ciudad; ninguna perspectiva, ningún edificio, ningún rincón lograba sugerir ese recuerdo—dulcedumbre, melancolía—, que sugieren los pa-

rajes lejanos en donde nuestras alegrías y nuestras tristezas se mezclaron en un mismo lapso de tiempo. Ni siquiera las calles íntimamente relacionadas con su vida, inspirábanle el deseo de saber cuál era la última vez que había pasado por ellas. Y todo el sentimentalismo de la ausencia tomaba cuerpo en Ricardo Nors. Sin el miedo á la extrañeza de él, á la extrañeza de las gentes, al despedirse aquella noche lo hubiera abrazado con un abrazo largo y conmovido: igual que antes de separarse para un viaje muy largo se abraza á un hermano mayor á quien tal vez no se vuelva á recobrar nunca.

El retrato del almirante estaba cubierto con una gasa muy tupida; los muebles, dispersos y enfundados. La señora Craud decía á cada uno de los que llegaban:

—Esto parece un campamento.

Como si fuera el orden de los muebles lo que impusiera la corrección, todos estaban sentados con abandono. Sebastián, cabalgando en una silla, apoyaba el menton en el respaldo, y cada vez que oía hablar del viaje, echándose hacia atrás lo mismo que si quisiera retener su montura, exclamaba:

—¡Va á ser un verdadedro tren botijo!...  
¡Para que rabien los franchutes!

Y sus palabras se perdían en el vocerío que alzaban los otros. Sólo la hija de los Craud, que sintió siempre hacia él una inclinación no exenta de sorpresa, le escuchaba con su cobarde interés de muchacha de quince años... Y este sentimiento era correspondido por otro que hacía musitar frecuentemente á Sebastián: «¿Por qué no será esa chiquilla hija de otras gentes?» Aunque hablaba sin pensar casi todas las veces, jamás pensó sin que su pensamiento y sus palabras dejaran de ser simultáneos.

Madame Luzis fué á sentarse junto á Aurelio Zaldívar, y le dijo:

—Escúcheme y no crea que lo que vengo á proponerle es por cortesía: le invito á pasar el verano con nosotros... Le aseguro que no lo pasaremos mal... Nadie tiene necesidad de enterarse.

Algo confuso, él respondió:

—Gracias... Créame que se lo agradezco... Sí; probablemente nos veremos durante el verano.

—¿Puedo tomar eso como una promesa?

—Tengo casi decidido el viaje; se lo aseguro.

Todos se sentían expansivos, y los coloquios á media voz se hacían difíciles. Alegrada por la

esperanza, madame Luzis se lanzó á la conversación general. Las conversaciones entre muchas personas son comparables á las escaleras que en los cuentos de hadas nacen en el fondo de las grutas: se saben de dónde parten, pero no hasta qué maravillas deben conducirnos. Hace falta mucha tenacidad para seguir un cauce sin extrañarse por las infinitas sendas que lo surcan; el camino ancho se ve siempre ante el caminante, y la vereda ofrece inesperados recodos... Aurelio, siendo niño, se distraía con salir de la sala donde estaban sus parientes para regresar al poco rato á darse cuenta de lo lejos que hallaba la conversación del punto donde la dejara. Hablaba don Juan Antonio Méndez:

—Reparen ustedes que, las personas que con más asiduidad y fervor van á la iglesia son las muy ricas y las muy pobres. Los acomodados, aquellos á quienes su trabajo reporta lo suficiente para vivir, van menos, aunque sean creyentes. Y esto prueba que la Santa Madre Apostólica armoniza en su recinto las más opuestas ansias, pues los ricos rezan por conservar lo que tienen, mientras los menesterosos piden adquirir algo de lo que los ricos no quieren perder. Dios los oye á todos, y sin cambiar el orden de las cosas, para no ser tachado de parcial, da temor al que está contento y esperanza al triste.

Era una de esas horas en que se está dispuesto á encontrar todo bien. Si don Juan Antonio Méndez hubiese dicho lo contrario, lo habrían aprobado con la misma efusión. Lo que se aprobaba en sus palabras eran las gestiones hechas durante su viaje de exploración á Trouville, para encontrar un alojamiento que permitiera la convivencia y la autonomía. Sebastián había redactado un programa que hizo traducir á Nors al francés, para enviar sendos ejemplares escritos en los dos idiomas. Era una orden del día minuciosa donde estaban marcadas hasta las cosas imprevistas. Comenzaba como una arenga: «¡A las siete hemos de estar todos dispuestos!»; y si no hubiera sido tan prosaica, podría decirse que tenía algo de himno.

Nors, que tenía su viaje á Heilderberg prefijado, manifestó su sentimiento de no asociarse á una excursión cuyos auspicios tan bilingües como metódicos eran una promesa, una garantía. Sin modestia, con la ingenuidad de los hombres capaces de empresas tremendas, Sebastián repetía entusiasmado:

—¡Un verdadero tren botijo... Verán ustedes!

Madame Luzis recogió las últimas palabras de don Juan Antonio:

—A propósito de iglesias... Quiero contar á

ustedes una historia que me han contado hoy. La protagonista es una dama muy rubia, muy linda y muy beata...—no me pregunten el nombre porque me obligarían á decirlo y he jurado callar—, y ha sido ella misma la que me ha hecho la narración. La simplificaré para no aburrirles... Ella, como les he dicho ya, rubia, beata, linda y casada hace poco tiempo; él, antiguo novio rechazado por la familia, buen tipo, mala cabeza, fama de pródigo y de afortunado. ¿Adivinan ustedes el resto?... Claro, pero en los detalles está lo pintoresco de la historia. Cuando ella se casó, hizo, naturalmente, voto de no faltarle á su marido y de olvidar al otro, lo que equivalía á recordarlo todos los días y, lo que es peor, todas las noches...

La señora Craud tosió para que su hija no se enterara. La niña hizo que la mirada húmeda y curiosa fuese á escudriñar un pliegue de la falda, donde coincidió con la mirada de Sebastián. Y su madre quedó tranquila; la niña no había comprendido. Madame Luzis rectificó:

—... Hizo voto de olvidarlo, lo que equivalía á recordarle una vez más. El—¿verdad que es desesperante tener que decir «ella» y «él» cuando se conocen los nombres?—, él, hizo también otro voto: buscarla por todas partes; y como el diablo, que es mejor amigo de la equidad de lo

que se piensa, se pone siempre al lado del que hace el voto más sincero, la encontró ayer en la calle, casi la primera vez que salía sola. Figúrense... Se estableció una verdadera persecución: Boulevard Hausmann, Chaussé diAntin, calle de Provence, calle de Richer... Ella buscaba calles concurridas, pero la fatiga de su cuerpo y de su voluntad crecían, y al fin, tuvo una idea de salvación: pensó refugiarse en una iglesia; ya dueña de la idea, sin saber cómo, tuvo el instinto de perfeccionarla: decidió refugiarse en la iglesia donde se había casado, porque en ella las imágenes, los confesonarios, hasta el ambiente, le recordaban su deber. Entró. Eran las seis, la hora de la salve... Aquí, humo de incienso, cánticos, bisbiseo de viejas, la música adormecedora del órgano...—Es lástima que no haya venido madame Roca: nos tocaría una de esas piezas bien aburridas de Bach, para que se formasen idea—. A la mitad del tercer padrenuestro él se aproxima, y ella, aunque mirando delante del altar el sitio donde estuvo arrodillada junto á su esposo el día de la ceremonia nupcial, siente al otro junto á sí, presiente su gesto, ya suplicante, ya imperativo, siente su mano que audaz, pero blandamente, le toma una suya... Y la música, los rezos y el humo lo llenan todo. «¡Déjeme!» «¡No, no; te adoro!» «¡Déje-

me ! » « No te dejaré ; hemos de hablar. » « Te lo suplico ; déjame... Van á fijarse en nosotros ; el vicario me conoce... Te hablaré otro día... » « ¡ No, no ! » « Por Dios, vete ! » « ¿ Cuándo hablaremos ? » « Otro día ; hoy no. » « ¿ Mañana ? » « Bueno, déjame... » « A las cuatro en *Boulogne sur Seine*, al bajar del tranvía. » « ¡ Oh !... ¡ Me parece que todo el mundo nos mira ! » « Júrame que irás. » « ¿ Por qué me mortificas ?... Déjame. Todo el mundo se fija... » « No te dejaré hasta que hayas jurado. » « Sí, te lo juro, vete. » « Nos debemos una entrevista ; hablaremos de cosas viejas. ¿ Te acuerdas ?... No tienes nada que temer... ¡ Te adoro, te adoro ! » « Vete ya, por Dios. » « Me lo has jurado... Pon la mano en este crucifijo ó no me voy. » Había colgado de la columna un crucifijo ; estaba allí oportunamente, pero aunque no hubiese estado habría sido igual : ella sabe que Dios está en todas partes, y que el último juramento que se hace es sagrado. Juró, y él se fué ; ella también se fué en seguida ; la vista del escabel donde había estado arrodillada con su marido, el humo del incienso, todo aquello la ahuyentaba. Va á la cita decidida á decirle que no, que hay entre ellos un Sacramento... Yo la acompañé á comprar unas medias color amaranto... Esta tarde deben haberse visto.

Todos rieron ; hasta la niña. Emilio Benítez cumplimentó á la narradora :

—Madame Luzis tiene mucho *sprit*. Y á ella sí que no puede decirsele que se decide á ser espiritual cuando ya no puede ser corporal.

—¿ Cree usted ?... Eso debía someterse á votación. Las mujeres no votan, ¿ eh ?... ¿Cuál sería su voto, amigo Aurelio ?

Otro motivo de charla se sobrepuso. Emilio Benítez y Ricardo Nors discutían, por no faltar á su costumbre ni la postrera noche. Habitualmente discutían aislados, pero hoy todos estaban dispuestos á hablar con todos. Benítez, siempre de buen humor, era uno de esos hombres que serían mediocres si no guardaran un repliegue anormal. Su conversación era vulgar, lo era su pintura, su concepto de la vida ; mas tenía su originalidad, una originalidad divina con respecto á la cual se mostraba intransigente : había concebido un arquetipo de belleza humana que difería del de Dios en casi todos los órganos primarios. Sería, según él, más práctico y más hermoso. La complicación de sus planos y la serie de transmutaciones graduales precisas para llegar al estado de forma ideado por él, era tan complicados, que no se podría dar de ellos noticia sino tras una explicación larga y prolija. Trescientas cincuenta páginas nutridas, con mu-



chas notas. El hombre de Benítez, distintamente del hombre de Dios, tenía el aspecto de una gran ánfora inteligente; no andaría, se deslizaría, pues la marcha bípeda, al hacer cambiar á cada paso el centro de gravedad, altera la estética del cuerpo. Cuando Benítez comenzaba á hablar de *eso*, un viento de temor soplabá sobre la tertulia, y hasta la madre de la señora Craud, que no le dejaban hablar casi nunca, rompía la consigna para rezongar que aquéllo eran *bruje-rías*. Nors opinaba que eran los únicos momentos en que Benítez era razonable... Como Benítez hablaba de su criatura en presente: «Mi hombre anda así, mi hombre se presenta de este modo...», pensábase ver aparecer al hombre-ánfora detrás de una puerta, y esa suposición daba miedo á los que no hacía sonreír.

—¿Y acerca de las mujeres no tiene usted pensado nada, amigo Benítez?—interrumpió madame Luzis, deseosa de expansionar su alegría—. Hay en su proyecto de reforma de la especie humana, muchos detalles que no comprendo y que no deseo comprender. Seguramente la amiga de quien hablé antes se habrá alegrado esta tarde de que la reforma de Benítez no se haya realizado aún.

—Ustedes se ríen... Bien, yo no me enfado.

Todos los reformadores han sufrido el escarnio de los incrédulos.

—Y Benítez es paciente, ¿verdad? Su galantería le exime de la fama de hoscos que tienen todos los grandes inventores. Da gusto un genio así... Y además, como también se burlan de su pintura y de su impresionismo, le queda el recurso de pensar que es por sistema ó por animadversión á todas las formas de su talento...

—Le queda otro recurso mejor, don Juan Antonio: hablar mal de todo el género humano. Yo creo que si él lo quiere reformar es porque como ya lo ha ultrajado en todas sus formas, tiene que sostener su criterio.

—¡Eso de andar con una sola pierna!... ¡Vamos, que Benítez no nos cuela esa!—finalizó Sebastián, haciendo crujir el respaldo de su sillón.

Benítez y el hombre de Benítez sufrían un fracaso. Dios no lo sufrió porque no existía nadie antes que él. Ricardo Nors quiso dar el último golpe de piqueta:

—Lo que no me explico es la falta de cuidados de Benítez para su criatura. Jamás nos ha hablado de sus condiciones anímicas, de la capacidad de bien y de mal, de su sentimiento, su comprensión, su medida de inteligencia. No sé por qué se me figura que el nuevo arquetipo

de la humanidad va á ser un poco socialista y muy demócrata.

—¿Acaso es partidario usted de la aristocracia?—dijo ya con violencia de estallido Benítez.

—Sí; soy ferviente partidario de una aristocracia cuyos pergaminos se revalúen cada generación—contestó Nors.

—Eso es ser demagogo con antifaz... Demagogo y bien demagogo.

Demagogo era la palabra suprema de Benítez. Después de dicha sólo había que añadir hechos. Además, allí no era posible hablar de nada; ni siquiera de un asunto tan trascendental. La señora Craud se acercó á don Juan Antonio, que escuchaba sonriente, y le preguntó:

—¿Me quiere usted dar el secreto para ser feliz?

—Si no se lo da él—añadió madame Luzis—, nadie podrá dárselo. El barón, que en paz descansa, decía que don Juan Antonio no debía tener camisa, como el hombre del cuento de Grinn.

Luego de adoptar un gesto solemne, el hombre feliz dijo con lentitud, suspirando entre la primera y la segunda parte de su respuesta:

—¿El secreto de la felicidad?... Así, de pronto, no puede revelarse ese gran secreto... En fin, por ser á ustedes, les diré la parte más im-

portante: para ser feliz lo principal es no decir que se es desgraciado.

—Repítale eso á Aurelio Zaldívar, don Juan Antonio—solicitó Ricardo Nors.

Aquella noche tuvo Aurelio Zaldívar la misma sensación que noches antes entre los contertulios de la cervecería Steimbach: las gentes, las conversaciones que hasta ayer habían formado parte de su vida, parecíanle extrañas y lejanas. ¿Eran las cartas de Natalia Roca las que habían obrado el milagro? El misticismo de ella había caído en el propicio surco de su descontento, y le impidió ver lo que, de hallarse en situación serena, hubiera visto en aquellas cartas. Sólo don Juan Antonio conocía sus propósitos; los demás esperaban que se decidiera á ir con ellos. El temor de que la disgregación de personas desluciera su tren botijo, intranquilizaba á Sebastián. Al salir, advirtió á cada uno que recibiría al día siguiente la hoja donde estaban detalladas las disposiciones y el itinerario. «El lunes, á las ocho en punto, en la estación de San Lázaro—gritaba—; tradúzcaselo á los franchutes, Aurelio, hágame el favor»; y aunque hablaban todos el español, fué preciso gritarlo en el idioma de *Chantecler*.

A pesar de que iban á realizar juntos la excursión, se despidieron con más ceremonia que de

costumbre. Salieron de la casa reunidos. Antes de cerrar la puerta de hierro de la verja, Sebastián volvióse para mirar á la hija de los Craud que, desde el balcón del entresuelo, tendía el brazo alumbrándoles con un velón, y todas sus ideas de orden se turbaron. Fueron hacia la puerta dorada de Saint-Mandé andando por grupos. De tiempo en tiempo, de uno á otro cambiábase una palabra relativa al viaje. Si alguien hubiera pasado por la avenida, habría pensado, al oírlos, que eran viajeros que abandonaban la tierra cómoda para ir á descubrir un Polo. La estrella polar y algunas otras parpadeaban en el cielo; nadie sabe si atentas, si indiferentes.

A las cuatro y veinticinco minutos partió el tren. En el tren Aurelio Zaldívar comprendía un poco el complejo engranaje de la humanidad. «Todos los días—pensaba—, mientras yo he estado quieto, un tren corría por esta vía hacia el Havre». Y una idea tan sencilla, servíale para imaginar todas las ciudades en donde había vivido, todos los trenes en que había viajado. Detalles menudos acudían á su memoria: el aspecto de una calle de Madrid ó de Florencia,

un paraje visto de manera fugaz desde la ventanilla, el rostro de cualquier desconocido. Y esto le sorprendía y lo contristaba, porque hubiera querido suprimir las cosas al alejarse de ellas. Y cada alejamiento servíale para darse idea de que todo seguiría su curso cuando la definitiva ausencia llegase. Pensaba en esto con los ojos cerrados, al pasar bajo los túneles de la estación y ante los pueblecillos que poco á poco va absorbiendo la urbe. Cuando el paisaje suburbano cesó, y estuvo seguro de no tener esa emoción algo opresiva que sentimos ante lo que no se atreve á ser ni campo ni ciudad, quiso examinar á sus compañeros de viaje. Eran un sacerdote, un caballero de barba puntiaguda y una señora que tenía en el regazo á un niño. Pensó en Natalia; volvió á cerrar los ojos y se adormeció, obsesionado por el ritmo del tren que se imponía, obligándole á ajustar á él sus ideas. Cuando despertó, la flecha airosa de la catedral de Rouen mostraba sus líneas sobre un cielo gris; el Sena, ancho y tranquilo, se sometía bajo los puentes; el trepidar del tren al entrar en la marquesina de la estación, el vaivén de gentes aceleradas, de muchachos arrastrando carritos con pasteles y bebidas ó vendiendo periódicos, lo aturdieron. Sus ojos volvieron á cerrarse, y así estuvo largo tiempo, hasta que el tren, al

detenerse súbitamente, lo despertó con sobresalto. Salió al pasillo creyendo que había llegado ya. Una voz fatigada anunció:

—¡Breauté-Besville; cambio de tren para Bolbec, Fecamp, Etretat, Lillebonne!...

Y el hombre de aquella voz fatigada decía todo con tan escasa convicción, que se adivinaba que le era lo mismo que se fueran á otros lugares los viajeros. Viendo el gesto de Aurelio al sentarse decepcionado, la dama que iba frente á él le dijo:

—Todavía faltan quince minutos.

En ademán de gracias, Aurelio tendió la mano y acarició al niño, y entonces ella comenzó á hablar, á preguntar. Aurelio le respondía á todo que sí. Era oficial sudamericano, é iba á al Havre para asistir en los talleres de Schneider á unas pruebas de artillería. ¿Para qué oponer á esta suposición dicha más con tono afirmador que interrogativo, la verdad? Sería largo de explicar, y además las gentes aceptan como un elogio el saber que no se han equivocado. La idea de que pudiera ser algo de cuya existencia jamás había tenido pensamiento, le hizo sonreír. El niño, aplastada la naricita contra el cristal, tendía los brazos hacia los focos eléctricos de la estación, que se veían cada vez más próximos. Hubo un estrépito largo y horrisono; el pasillo

se llenó de viajeros que portaban maletas. Había llegado.

Descendió, y luego de mirar con un poco de cólera, sin saber por qué, los rostros curiosos de los que esperaban, encontróse en la salida de la estación. Tenía necesidad de un coche, de un hotel, y le exasperaban las múltiples ofertas de los cocheros y los enviados de hoteles que obstruían su marcha insinuantes ó apremiantes. No quiso recoger su equipaje, y echó á andar como si supiera adónde iba. Una emoción extraña de tristeza y de encono contra algo que no sabía bien lo que era, le hacía marchar de prisa, con el semblante hosco y los dientes apretados. En una mano llevaba la maleta, en la otra, sujetos con correas, los bastones y el paraguas. Muchas veces había llegado solo á una ciudad desconocida; pero nunca había sentido como esta vez la soledad, y es que las otras veces iban junto á él su entusiasmo y su inconsciencia. Se encontró en el extremo de un bulevar. Tres filas de luces trazaban tres líneas amarillas que se aproximaban á lo lejos. Anduvo hasta recorrerlo todo, hasta que la línea recta de su marcha estuvo entorpecida por un terreno pedregoso primero, y cortada por un malecón en seguida. Allí estuvo largo rato sintiendo el mar sin verlo, adivinándolo en

la extensión obscura, en cuya lontananza algunos puntos luminosos hacíanle dudar si estaban en el cielo ó sobre el agua. Ni fosforescencia, ni espuma de olas que se rompen, ni barcas; dijérase que el mar estaba recogido, en acecho, y que el vasto rumor era su gigantesco aliento que en vano pretendía contener. Bastaba aquella sensación de misterio para turbarlo; ningún otro elemento de incertidumbre tenía que emplear la noche para sobrecoger su pobre alma, y, de súbito, la neblina que era tan sutil como la sombra de un fantasma, se hizo densa y envolvió todo con su gasa sobrenatural, deformándolo, amplificándolo. El aire oloroso de yodó y de salitre entró por sus pulmones como un alimento hartó fuerte en la boca de un extenuado. Era allí, al borde del mar, donde su nueva vida comenzaba. Y la tenebrosa y torva lejanía tenía toda la potestad de un augurio. Una luz roja destelló á lo lejos... Sin pensar en nada, Aurelio encogióse de hombros y emprendió de nuevo el camino que le había traído á aquella atalaya del arcano Las luces del bulevar eran, en la indecisión de la niebla, tres rayas amarillas que parecían juntarse al final... ¿No le había parecido antes, que allí, en el malecón, las luces definían el vértice de un ángulo, el término estable de una jornada?... Y ahora era allá, donde creyó ver

el comienzo. ¡Engañosos mirajes de la Naturaleza donde palpita la verdad! De todos los puntos parte un camino; nuestras almas sufren de igual tormento que el cuerpo del judío legendario, y aun del punto en que, al cerrarse para siempre los ojos y detener la sangre su marcha y la materia su acción, pensamos: «Todo ha acabado ya: ¿quién sabe las rutas que se abrirán hacia horizontes infinitos!...» Así, inclinado sobre el malecón como sobre su fosa, tuvo Aurelio el presentimiento de la acerbidad que le aguardaba.

Desanduvo el camino, se hizo guiar por un arropio al hotel, no quiso cenar, y subió en seguida á su cuarto. El frío de las sábanas le hizo mal; pensó en todos los viajeros que habrían reposado en aquel lecho, é inevitablemente, la sensación de miedo se sobrepuso á la sensación de repugnancia de la suciedad. ¿Habría muerto alguien en aquella cama? Nunca esta idea había asaltado en ningún hotel. ¿Por que venía hoy á completar su hiperestesia? Y buscó en las paredes los trazos de alguna inscripción. Nada... A pesar de estar tapizado de claro, tenía el cuarto un ambiente sombrío. Aurelio, sin querer, pensaba en el pasillo, en todo lo que podía venir por él á sorprenderle con sólo una presión sobre la débil cerradura. Se levantó á cercio-

rarse de que estaba bien echada la llave. Al buscar, tactando, la cama, tocó el espejo y supo que, á pesar de los escalofríos que lo agitaban, tenía fiebre. Quiso coordinar sus pensamientos y no pudo; quiso asilarse en sus recuerdos, y no pudo; quiso convencerse de que nadie había de venir cauteloso y adverso por el pasillo propicio al drama, y no pudo. Le era imposible pensar en otra cosa que en eso: en lo que no tenía nombre ni forma, ni materia tal vez: en lo que éra crujido en los muelles, aliento en el viento, opacas pisadas en la alfombra, forma abstracta pero terrible en su imaginación. Sus ojos clavaron la mirada en la puerta por donde iba á venir *aquéllo*, en la puerta que se iba á abrir sin ruido... que quizá habíase abierto ya. Se cubrió todo con la sábana é inclinó la cabeza resignado á recibir el golpe... Un niño comenzó á llorar en el cuarto vecino. Aquel llanto gangoso, casi símbolo de la impotencia, devolvió á Aurelio la confianza. Ya no se sentía desvalido... Con todas las fuerzas de su fervor pidió á Dios, no que detuviera el designio del enemigo que le atisbaba, pidió que el niño no se callase. Aurelio no supo á qué hora el llanto había cesado. Cuando el sueño cerró sus ojos, era media noche, tal vez más...

## VI

Todos los años coincidía con la llegada de los primeros veraneantes la apertura de la covacha de monsieur Valnert, que reparaba relojes y escribía á sueldo cartas elocuentes. Cuando los vientos impetuosos del otoño soliviantaban el mar, ahuyentando á los turistas de la población, la covacha volvía á cerrarse y monsieur Valner perdíase durante el invierno en profesiones misteriosas y humildes. Pero al año siguiente reaparecía.

Su clientela era regular; los mismos *chauffeurs* y los mismos lacayos rompían los mismos relojes; las mismas criadas solicitaban las mismas cartas de amor. Lo único cambiante eran los hombres á quienes las cartas se dirigían. Desde hacía seis años, era un cochero italiano quien inauguraba la estación.

—*Buon giorno*. ¿Todavía usted aquí?—decíale al entrar, y él:

—Todavía. Cada año me parece que ya no